

# *Libros recientes de Ensayo y Ciencias Sociales*

**En las páginas que siguen a continuación nuestro propósito es reseñar las publicaciones más importantes aparecidas en esta fecha crucial para la edición que es la Feria del Libro. En el presente número de “Cuenta y Razón” abordaremos de manera exclusiva las más importantes publicaciones aparecidas sobre materias históricas, y en el siguiente los que proceden a otros campos.**

**JAVIER TUSELL**

## *Grandes libros*

**E**n Historia los libros de mayor relevancia son casi siempre o bien aquellos que aportan una información documental nueva o los que son el resultado de todo el conjunto de una obra de un historiador. Al primer tipo responde el libro de *Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo* titulado *“Queridos camaradas. La Internacional Comunista y*

*España, 1919 - 1939”,  
Barcelona, Planeta, 1999.*

Se trata tan sólo de una anécdota pero resulta tan curiosa que merece la pena citarla. El origen del partido comunista español ha de situarse nada menos que en el Hotel Palace de Madrid a fines de 1919. En efecto, allí se alojaron, para no despertar sospechas, dos emisarios de la Internacional enviados a España (y a otros sitios) para fundar y poner en

marcha un grupo político destinado a repetir la experiencia revolucionaria de 1917.

Esta noticia es, sin embargo, intrascendente al lado de la tesis central del libro que acaban de publicar dos historiadores bien conocidos como son Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo. Son los primeros a quienes les ha sido posible acceder a los archivos soviéticos relacionados con el

partido comunista español, aunque sólo hasta 1939. Se trata, además, de personas de las que no se puede decir que les guíe una obsesión anticomunista sino que, por el contrario, han estado relacionados con la izquierda y además dejan constancia en el prólogo de su admiración por algunos militantes comunistas españoles. Pero el libro resulta sencillamente demoledor. El PCE aparece en sus páginas no como un partido español sino de estricta dependencia de Moscú. Tras su lectura esta idea parece meridianamente clara y, al mismo tiempo, sorprendente el hecho de que muchos de los juicios que se han hecho acerca de las actitudes de los comunistas españoles en momentos decisivos resultan por completo infundados.

Los historiadores ya sabíamos el papel decisivo de los emisarios exteriores en el momento en que nació el PCE porque de uno de ellos, Humbert-Droz, se ha publicado su correspondencia. Pero ahora, gracias a este libro, podemos completar la panorámica de su gestación. En realidad, si el PCE surgió no fue como consecuencia de un fervor entusiasta del proletariado por la revolución rusa, sino a causa de una conspiración dirigida por unos emisarios soviéticos bastante novatos e incompetentes. Aun así lo que nació en los años posteriores a la primera guerra mundial no pasó de ser una

secta caracterizada por la máxima dureza en el terreno de la ideología y una absoluta carencia de escrúpulos a la hora de elegir los medios para conseguir el fin. Esa secta dependía por completo de Moscú hasta el punto de que en los años veinte hasta tres cuartas partes de su

presupuesto tenía esta procedencia. Allí, en complejas reuniones

burocráticas a las que asistían numerosos personajes, se decidía lo esencial de lo que había que hacer en España. Las interpretaciones que se hacían de la realidad española, leídas hoy, resultan a menudo absurdas y a veces hilarantes. Se pensaba que en nuestro país la propiedad de la tierra seguía en manos de los monasterios, como si no hubiera existido la desamortización, o que prevalecía un modo de producción “asiático” (?). Toda esta logomaquia de procedencia marxista concluía siempre en que la revolución era inmediata; bastaba para llevarla a cabo hacer caso de lo que se decía en el Kremlin. En el lenguaje cifrado que se empleaba en las comunicaciones entre un extremo y otro de Europa, Dimitrov, el responsable de la Internacional comunista, era “Dios” y , desde luego, mandaba como si lo fuera. La dependencia era tan minuciosa que desde 1933 se estableció un servicio telegráfico entre España y Moscú destinado a enviar instrucciones, día a día y hora a hora.

Cuando se proclamó la República, a pesar de que sólo había un puñado de comunistas, la Internacional llegó a la conclusión de que se podía reproducir lo sucedido en Rusia años antes. Esto es lo que explica que se decidiera a lanzar a sus seguidores en contra de las instituciones republicanas y de los socialistas, identificándolos

con el fascismo. Moscú, hasta 1934, no parece ni siquiera haber pensado en la posibilidad de un movimiento reaccionario en España. Su abundancia de instrucciones acerca de cómo actuar seguía sin tener fundamento alguno: en un escrito de la Internacional se menciona entre las nacionalidades españolas, no sólo a los catalanes o los vascos, sino también a los “gascones” (?).

En realidad lo que explica la influencia del comunismo en España no son las órdenes de Moscú ni la actuación de sus afiliados sino la existencia de un verdadero mito acerca de lo sucedido en Rusia, especialmente influyente entre los medios juveniles e intelectuales. El PCE no se convirtió en un verdadero polo de atracción de la izquierda española sino cuando se dio la orden desde Moscú de cambiar el rumbo. Aun así se tardó en hacerlo no tanto por la indisciplina de los comunistas españoles como por una especie de propensión natural a lanzarse a la subversión. Moscú, en cambio, cada vez mas preocupado por la evolución de la política internacional y por el expansionismo de Hitler, alineó por vez primera a los comunistas españoles con la República. Pero estos tardaron en asumir por completo esas instrucciones, como lo prueban las actitudes de algunos de sus dirigentes, incluida “Pasionaria”.

Los juicios acerca del papel de los comunistas en el bando del Frente Popular durante la contienda de 1936-1939 siguen siendo muy divergentes y controvertidos. En este punto el libro de Elorza y Bizcarrondo ofrece un panorama muy novedoso y, al mismo tiempo, no menos paradójico.

De acuerdo con él no sólo el comunismo no estaba preparando ninguna revolución

en España sino que incluso minusvaloró el peligro de una subversión militar y la dio por derrotada cuando ésta se produjo. Las órdenes desde Moscú fueron la exacta antítesis de lo que decían y pensaban los seguidores de Franco. Stalin ordenó defender el régimen republicano, no participar en el gobierno y no sustituir el Ejército por milicias revolucionarias. Si al final ocurrió lo contrario fue porque las circunstancias lo impusieron. Incluso se temió que la visibilidad de las Brigadas internacionales pudiera dar la sensación de que había un Ejército extranjero combatiendo con el Frente Popular; se hubiera preferido que se disolvieran en las unidades regulares republicanas o que en ellas los afiliados propios fueran minoría.

A lo largo de la guerra los comunistas españoles — dirigidos con bastante incompetencia por un emisario de la Internacional— vivieron en perpetua contradicción entre las instrucciones moderadas de Moscú y su incapacidad, derivada de la ideología, para tratar a sus aliados sin imponerse a ellos. Muy pronto se hartaron de Largo Caballero y los suyos calificándoles de “semitroskistas” o de ineptos. El asesinato de Nin, que no fue nunca una especie de ángel revolucionario, como a veces se le ha descrito, fue el resultado reflejo de las grandes purgas que acontecían en

aquellos momentos en la URSS. Sin preparar una operación concreta de toma de poder los soviéticos imaginaron que en España se podía establecer un género de “democracia popular” semejante a la que luego aparecía en la Europa del Este con la llegada de las tropas soviéticas en 1945. Si Stalin en ese momento defendía el pluralismo de la República, en el fondo actuaba, de forma inevitable, de un modo que concluía por tratar de conquistar la hegemonía para sí mismo y los suyos.

No parece que sea correcto, de acuerdo con este libro, decir que la expulsión de Largo Caballero del gobierno fue obra sólo de los comunistas, ni que Negrín era un compañero de viaje o un mandado suyo. Pero los documentos soviéticos prueban que “casi nunca estaba en desacuerdo” con Moscú: nada hizo para evitar la persecución del POUM y, si muchos de sus militantes se libraron de la pena de muerte, fue sólo porque las instituciones del Estado de Derecho en esta ocasión funcionaron correctamente. En el momento final Negrín parece haber pensado en una especie de hegemonía propia con apoyo soviético. Pero Moscú se negó a ello porque, según dijo, su propuesta “contiene tendencias a la dictadura personal”. Sólo en el momento final de la guerra, cuando ya se había sublevado Casado, los comunistas

españoles consultaron al Kremlin la posibilidad de hacerse con todo el poder. No recibieron respuesta porque era ya demasiado tarde.

De cualquier manera, de la lectura de este apasionante libro se deduce la sorprendente conclusión de que, por un lado, la Internacional comunista en el caso de España tenía menos pretensiones que nunca en el

pasado de conquistar otro

pivote revolucionario en Europa pero que, al mismo tiempo, como consecuencia de su ideología, estaba en las antípodas de luchar por la democracia de los españoles. Resulta notable que esta interpretación esté tan alejada de la interpretación izquierdista como de la derechista de nuestra guerra.

El libro de Miguel Artola, “*La Monarquía de España*”, Madrid, Alianza editorial, 1999, responde a la segunda categoría de los mencionados al comienzo de este epígrafe.

Es bien Artola e historiog alguna respecto, publicar profesior serían ca su tarea los lecto que acal título ‘ España’. trayector Historia, pasan interroga la inv perfecc plantear bien inic que habr otros. A este libi años de una tem: los últim interesad institucio

traslada el centro de gravedad de sus intereses hacia una etapa cronológica anterior a la que ha dedicado sus trabajos hasta el momento, el siglo XIX español. Esta vuelta hacia atrás es siempre una poderosa, además de obligada, tentación para el historiador pero no resulta nada sencillo que fructifique en resultados óptimos porque exige el esfuerzo adicional de enfrentarse con lo desconocido, también en términos metodológicos. Artola ha tenido la originalidad de hacerlo recurriendo a las fuentes de forma exclusiva (y no a la bibliografía) con el consiguiente peligro de que, respecto de una obra de tamaño envergadura, haya eruditos que critiquen su libro en aspectos parciales. Pero ha logrado un éxito y la mejor prueba de ello consiste en que, leyéndole, cualquier historiador tiene la sensación de encontrarse con un panorama enteramente nuevo en que se descubre la inconsistencia de interpretaciones corrientemente admitidas, se percibe la inteligencia de las nuevas y, sobre todo, aparecen, a cada página, nuevos interrogantes a título de sugerencia. Si todo esto convierte en revolucionario el contenido de este libro, todavía lo es más la especie de iconoclasta libertad absoluta con la que da la sensación de que está escrito. Con ella, por ejemplo, se desvanecen las transposiciones anacrónicas que se suelen hacer trasladando las categorías

institucionales de unos tiempos a otros.

No se trata de un libro fácil ni tampoco está dirigido al gran público, sino a los especialistas y, sobre todo, al propio autor porque da la sensación de haber nacido de interrogantes muy personales del mismo. No es tampoco nada sencillo reseñarlo en un espacio limitado porque su mayor valor, como ya se ha indicado, deriva de su capacidad de sugerencias. Dividido en tres partes, en la primera trata de los reinos medievales en que se gesta por vez primera un poder personal, universal y único con unos instrumentos a su servicio en forma de consejos y cortes, limitadas éstas a las materias fiscales. En la segunda parte aborda la Monarquía de España, definida por acumulación de títulos pero también de manera abreviada, en las monedas, con tal nombre, y capaz de articular de forma conjunta unos negocios de Estado, pero al mismo tiempo resultado de la multiplicación de reinos en los que aparece la figura del monarca representado por el virrey y en los que no se lleva a cabo ningún proceso de castellanización. La conflictividad, cuando se produce, reside entre los reinos y la Corona y no entre los primeros. Finalmente, al tratar del reino de España e Indias, da cuenta Artola de las transformaciones experimentadas a partir de la guerra de Sucesión. En este

punto resulta particularmente interesante la descripción que hace de la figura del Secretario de Estado o ministro responsable desde el punto de vista político.

El libro concluye con una referencia que, siendo cierta, despierta en el lector un deseo de que el autor hubiera escrito mas ampliamente sobre la cuestión. Dice Artola que existe una “coincidencia fundamental” entre la evolución de las diferentes Monarquías europeas y, pareciendo esta afirmación muy cierta, hubiera sido deseable que se explicara de forma mas amplia. Pero eso hubiera prolongado el esfuerzo de redacción de este libro y quizá requeriría otro.

### *Memorias*

No son muchas las memorias de personajes españoles que han aparecido en los últimos tiempos a pesar de lo atractivas que resultan para el público. Haremos, sin embargo, mención de dos.

Las primeras son las de *Jorge Vestrynge*, aparecidas con el título “*Memorias de un maldito*”, *Barcelona, Grijalbo, 1999*. El antiguo Secretario general de Alianza Popular no es, sin duda, persona a la que le hayan quedado muchos amigos y no aumentará su número gracias a la lectura de este libro. Escritas con un lenguaje entre “cheli” o ramplón y abrumador por su pedantería académica,

incluidas frases en alemán, estas memorias no abundan en datos y los que proporcionan no resultan muy fiables porque nacen de las heridas padecidas en la fase final de la trayectoria política de su autor. En especial resulta muy difícil de creer esa especie de esquizofrenia del autor al pretender que, bajo su apariencia de joven halcón de la derecha, anidaba, ya entonces, una sensible alma de izquierdista incluso en los momentos en los que ejercía no ya de adlátere de Fraga sino de mano derecha suya. Pese a todos los esfuerzos de

Vestrynge, el lector saca la clara impresión de que su evolución ideológica no tuvo otra razón de ser que sus avatares personales. Además la simplicidad de su argumentación en el momento presente no hace otra cosa que evocar aquella otra de tiempos pretéritos.

Vestrynge hace, eso sí, una cita que parece oportuna: la del filósofo Cornelius Castoriadis quien afirma que con demasiada frecuencia el espectáculo de la clase política profesional responde a un fenómeno que describe como “el ascenso de la insignificancia”. Leído el libro el lector tiene la impresión de que el propio Vestrynge responde a ese modelo y el autor de la reseña lo dice sin ninguna complacencia porque mas bien la lectura produce una indudable piedad humana, en especial en las últimas páginas, en que el protagonista, convertido en un leproso político, se tiene que dedicar a la venta de productos de limpieza, aferrado a su sueldo de diputado y con su matrimonio convertido en cenizas. Pero hay que reconocer que esa lectura produce también terror, no tanto por el destino del personaje sino por la conciencia de que en nuestro sistema político se puede producir la subida a los cielos de figuras de solvencia más que dudosa sin otra razón que lo justifique que la dócil fidelidad al líder (y determinados

servicios ancilares como comprarle cremas de rejuvenecimiento de la piel o darle codazos cuando se duerme en actos públicos). En realidad Vestrynge no es sino el primer y mas significativo ejemplo de un tipo humano de político profesional joven, poco solvente en casi todo e ilimitadamente ambicioso que ha prolife rado luego. Estre mece la posibilidad de que siga prosperando.

Vestrynge, eso sí, probablemente tiene razón en muchas cosas a pesar del carácter esperpéntico que con frecuencia tiene su narración. Su jefe político fue ególatra,

tan hiperactivo como mal medidor de las consecuencias de su acción y un lastre, a pesar de otras virtudes poco dignas de duda, para la derecha en su camino hacia el poder. A todos estos defectos todavía hay que añadir uno más: favoreció un liderazgo político que hizo posible la aparición de este género de políticos al que Vestrynge perteneció. Al menos por esa razón este libro, que no se lee con ninguna satisfacción, merece ser tenido muy en cuenta.

Si hay un mundo antitético, por el protagonista y por las experiencias vitales al de este libro, es el que aparece en *Juan Durán-Loriga, "Memorias diplomáticas", Madrid, Siddharth Mehta Ediciones, 1999.*

Es una verdadera lástima que no resulten tan abundantes las memorias de diplomáticos españoles y que, a menudo, cuando llegan a publicarse, se pierdan en la anécdota circunstancial o propia de la vida de sociedad sin tratar de la política exterior propiamente dicha cuando el recuerdo es siempre más interesante que un frío despacho telegráfico. Por eso merece la pena saludar la aparición de las memorias del embajador Durán-Loriga que ha desempeñado a lo largo de su vida puestos diplomáticos cruciales desde el tardofranquismo hasta la democracia. Buen narrador, inteligente y de talante liberal e irónico, la lectura de su libro

resulta muy grata para cualquier lector no especialmente interesado en Historia española reciente.

Al historiador este libro le proporciona, además, informaciones muy interesantes en varios terrenos. El primero, de enorme importancia, es el que se refiere a los ambientes del monarquismo liberal-conservador y de la carrera diplomática española, que cubre las primeras páginas del libro y explica en buena medida la brillantez de las siguientes. Ya en la narración cronológica propiamente dicha, estas memorias dan una imagen muy vívida de la descolonización de Guinea vista desde dentro, con la espectacular bicefalia de la política exterior de Franco a este respecto y los incidentes que convirtieron a aquel país independiente en un contramodelo sin arte ni parte de la Administración española. El paso por Jordania ofrece el interés de un muy agudo retrato del monarca, aunque la narración pierde ritmo por la menor trascendencia del observatorio. Vuelve a recuperarlo, en cambio, en el momento de la transición en que al autor le tocó estar en puestos como director general y como embajador, en puestos de importancia y, por tanto, puede proporcionar una información muy matizada e inteligente. Llama la atención, por ejemplo, la peculiaridad de la relación con los Estados Unidos, en realidad menos

confortable de lo que podría parecer. De las relaciones con Francia durante los años ochenta se desprende que el cambio de actitud con respecto a ETA fue impuesto por el puro transcurso del tiempo más que por identificaciones de carácter político-partidista. También, en fin, resultan del máximo interés las revelaciones acerca del ingreso en la OTAN, tanto en lo que atañe a la posición de Suárez como a la reacción de los soviéticos o con relación a las negociaciones hispano-británicas en relación con Gibraltar. En suma es éste un libro de cuya publicación hay que felicitar sobre todo teniendo en cuenta poquísimos personajes de nuestra política internacional que hayan publicado memorias de contenido semejante, tanto en envergadura como en lo que atañe a la inteligencia del espectador.

### *Debates de historiadores*

Nuestro ha sido y es polémico y ése es el motivo por el que conviene un epígrafe como el que antecede. Si, por un lado, lo ha sido en el pasado inmediato en el presente vuelve a serlo gracias a la polémica sobre la pluralidad española.

Con el libro de *Preston, Romano, Isaia, Sogno, "La guerra civil: ¿dos o tres Españas?", Barcelona, Altera, 1999,* llegan a España los ecos de una reciente polémica italiana sobre guerra española.

Hace unos meses, en efecto, la prensa italiana se cubrió de referencias a España cuando un libro que contenía los recuerdos de dos italianos que lucharon en bandos antagónicos durante la guerra civil le permitió al prologuista, Sergio Romano, un conocido intelectual de significación liberal, defender la opinión de que la causa del vencedor fue tan sólo la del anticomunismo. La Editorial Altera, que parece haberse especializado en libros breves sobre temas polémicos, ha editado el libro italiano añadiendo un texto, antagónico, de Paul Preston. Su lectura resulta interesante para conocer el contenido de la polémica pero al mismo tiempo descubre su superficialidad.

El libro italiano empieza por ser desequilibrado porque el combatiente a favor del Frente Popular fue un disidente pero, sobre todo, testimonia que al haber combatido en España no aseguró a quienes lo hicieron ni información, ni claridad en el juicio, ni sinceridad. Uno de los voluntarios asegura que la reforma agraria fue suprimida durante el período posterior a 1933 por influencia de la Iglesia. Otro afirma haber combatido por Franco con la vista puesta en el restablecimiento de la Monarquía constitucional; debió, en ese caso, ser el único en hacerlo. Pero resulta el caso de Sergio Romano que sencillamente demuestra tener poquísima idea de Historia de España: se equivoca en los

cargos de Alcalá Zamora, pretende que todos los bienes de la Iglesia fueron nacionalizados durante la república o todos los latifundios socializados y atribuye a los “independentistas” catalanes no sabe qué papel decisivo. Incluso yerra de forma clamorosa a la hora de decir el número de italianos que vinieron a España a combatir de la mano de Mussolini. El texto de Paul Preston es correcto en los hechos y bastante mas discutible en alguna interpretación. Elude, por ejemplo, enfrentarse a que

mucho  
s de  
quiene  
s  
acudie  
ron a  
luchar  
por la  
Repúb  
lica  
eran  
tan  
totalit  
arios  
como  
los  
que se  
identif  
icaban  
con el  
fascis  
mo.

La  
guerra  
civil  
españ  
ola  
siemp  
re será  
motiv  
o de  
discus  
ión  
porqu

e, a fin de cuentas, es uno de los hechos más decisivos de la Historia del siglo XX. La polémica italiana levantó la veda de un debate que allí todavía no se había producido pero que careció de verdadera altura porque España no fue mas que un pretexto para que los italianos debatieran por motivos propios. Es absurdo asegurar que en 1939 España se hubiera convertido en una

“democracia popular” por la simple razón de que cuando nació ésta fue con la intervención del Ejército soviético en el Este de Europa. Carece de la más mínima lógica, por otra parte, atribuir a Franco una transición hacia la monarquía parlamentaria que no sólo no hizo, sino que trató de evitar a lo largo de toda su dictadura. Hacer as dos afirmaciones precedentes no quiere, por otro lado, decir que el Frente Popular y sus colaboradores exteriores no fueron otra cosa que melifluis liberales propulsores de la difusión de los derechos de la persona. Todo esto, cualquier historiador español e incluso cualquier persona de una cierta cultura, lo sabe de sobras. De ahí que la polémica italiana nos enseñe poco. No es otra cosa que un debate más acerca de la caída del comunismo.

En cambio, la cuestión que aparece en el trasfondo de *Ernest Lluch, “Las Españas vencidas del siglo XVIII. Claroscuros de la Ilustración”*, Barcelona, Crítica, 1999, se refiere a la pluralidad del pasado español.

Hace unos meses, con motivo de haberse anunciado una reforma de los estudios de Historia en la enseñanza secundaria, se produjo una gran polémica en los medios de comunicación acerca de la supuesta o real adulteración del pasado producida por todo tipo de nacionalismos. Poco se aclaró en ella, por más que

resultara muy encendida. Lo lógico hubiera sido que se dejara a los propios historiadores encauzar y resolver esta cuestión. De hecho lo están haciendo intentando nuevos enfoques globales y también a través de estudios parciales.

El libro reciente de Ernest Lluch, del que hubo una previa edición catalana, se refiere principalmente al período de la Ilustración en esta parte de España y contiene trabajos muy eruditos sobre aspectos concretos. Sin embargo, el autor no elude la referencia a la actualidad. Vivimos —nos asegura— “uno de los momentos en que el presente es Historia”. El libro no pretende en absoluto proponer soluciones para la vertebración actual de España pero sí revelar la pluralidad de su pasado. En concreto, si se pueden resumir las asunciones esenciales que están detrás de estas páginas, cabría decir que Lluch piensa que en el XVIII, a pesar de la derrota de una concepción “federalista” de la realidad española, persistió en Cataluña una conciencia de la identidad propia. Ésta, desarrollada por los ilustrados, enlazaría con el primer liberalismo que siempre reivindicó en Cataluña una tradición foral. A esta interpretación le añade su autora de que en el resto de España también existió esta visión del pasado, por más que hubiera sido derrotada.

Los estudios monográficos de que este libro está compuesto prueban lo justificado de esta interpretación. En cierta forma —aunque no responda a la verdad histórica estricta—, como decía un cronista de la guerra de Sucesión, ésta tuvo lugar “entre los de la Corona de

Aragón y los moradores de las demás provincias de España”. A partir de este momento quebró la posibilidad de una evolución “a la austro-húngara” pero los propios ilustrados catalanes serían muy conscientes de ese pasado. De ahí, por ejemplo, la interpretación de Capmany

según el cual “las armas de Felipe V, más poderosas que las leyes, hicieron callar todas las instituciones libres en Cataluña”. También, sin embargo, en el resto de España hubo un “austracismo persistente y purificado” que se convertiría en foralismo y que estaba destinado a fines del XVIII a alimentar toda una tradición preliberal.

De la erudición de estos trabajos es buena prueba uno de los que publica Lluich sobre la edición de libros en catalán. Según sus datos habría sido estable pero modesta a lo largo de los siglos XV y XVI; sólo creció espectacularmente durante la guerra de 1640 durante el XVII. Tras la guerra de Sucesión experimentó dos crisis sucesivas y desapareció en Valencia pero se mantuvo en Cataluña aunque fuera en la condición de una “asesinada que sobrevive”. Entre 1796 y 1806 experimenta un notorio impulso que ratifica los orígenes ilustrados de una cierta recuperación del catalán aunque el crecimiento espectacular sólo se produjo a partir de 1840.

El libro de Lluich resulta tan concienzudo como novedoso. Su carácter monográfico y alguna rudeza en la expresión le impedirán, quizá, el acceso al gran público. Pero, aunque la cuestión nacional tenga su origen en el XIX, tiene un interés que rebasa el conocimiento del pasado y se

inserta en la actualidad más viva.

Finalmente también se puede decir que abordan cuestiones de debate otros dos libros de muy diferente factura pero reciente aparición. Se trata de *Carlos Seco Serrano*, “*Estudios sobre el reinado de Alfonso XIII*”, *Real Academia de la Historia*, 1998, y *Juan Pando*, “*Historia secreta de Annual*”, *Madrid, Temas de Hoy*, 1999.

Cuando nos acercamos al centenario del comienzo del reinado de Alfonso XIII (2002), este período político da la paradójica sensación de llamar la especial atención de los historiadores y de seguir motivando las interpretaciones polémicas de “amateurs” convencidos de que basta buena voluntad, unos cuantos tópicos y resumir lo que antes escribieron otros, aunque rodeándolo de un nuevo envoltorio, para escribir un libro aceptable. Si el libro de Moreno Luzón, acerca de Ramanones, fue un excelente ejemplo de biografía y el de Mercedes Cabrera, acerca del parlamentarismo, ofrecía una perspectiva innovadora desde el punto de vista metodológico, los dos que van a ser reseñados aquí responden a un modelo clásico de Historia a partir de fuentes inéditas con enfoques originales y puntos de vista que incitan a intentar conocer algo más acerca de las claves del período.

Carlos Seco ha coleccionado en libro algunos artículos científicos ya publicados, a los que suma otros dos inéditos. Recorren el conjunto del reinado, desde el ambiente en el momento en que se inició hasta la ruptura de los políticos del turno con el monarca, ya en la Dictadura de Primo de Rivera. Todos ellos están nutridos de información nueva de especial interés porque procede de archivos privados y es en ellos donde muy a menudo se encuentran las claves esenciales, en un momento en que la política se caracterizaba por desarrollarse

en un contexto y son unos procedimientos lejanos a la democracia. De las aportaciones de este conjunto de artículos, todas ellas centradas en la persona del monarca, quizá las más interesantes se refieran a la actitud ante Portugal en especial entre 1910 y 1914, y a la desafección de los políticos del turno durante los veinte. Acerca de lo primero parece evidente que Alfonso XIII tuvo una actitud protectora respecto de la Monarquía lusa y se vio tentado de intervenir allí cuando vino la República. La tentación fue especialmente aguda en el momento en que la alianza española podía resultar interesante para otras potencias europeas, es decir, en torno a la primera guerra mundial. En cuanto a la segunda cuestión parece evidente que, después de la Dictadura, el monarca perdió el apoyo de la clase política anterior por razones de las que no fue el único culpable. Todos estos artículos son sólidas elaboraciones destinadas a proporcionarnos un mejor conocimiento de esta parcela de nuestro pasado.

En el libro de Juan Pando encontramos otro tipo de aportación de diferentes características. Llegado tardíamente a la Historia, Pando no puede ser considerado como un profesional pero este libro está construido con buenos materiales, inéditos o muy poco conocidos, y en general, bien elaborados. En realidad la importante cuestión

que plantea este libro precede a su propio contenido. En todo el mundo la Historia no sólo se redacta por profesores universitarios, pero sea más o menos de divulgación, obedece a unos requisitos de calidad en el manejo de las fuentes y en la forma de elaborar el texto. En España, durante mucho tiempo, ha existido la pretensión de ofrecer en el mercado editorial libros pretendidamente ágiles de lectura pero sin preocuparse de la sustancia de los contenidos. Sólo muy lentamente las cosas van cambiando y se impone la calidad. Temas de Hoy, que ha publicado algunos libros de poca valía, parece dar un cambio importante en los últimos.

Pando, para examinar un acontecimiento concreto (pero decisivo) en la Historia del reinado ha manejado documentación nueva. La verdad es que la vida de alguno de los militares que participaron en los acontecimientos no parece tan decisiva pero sí lo es el informe Picasso completo o la correspondencia telegráfica de Berenguer con los supremos responsables políticos o de las operaciones militares. Lo que se deduce de la lectura de este libro —a lo mejor en contra de la voluntad de su autor— es, al margen de la desastrosa situación del Ejército español, que hubo una histórica desbandada que desbordó todos los límites de lo razonable. Las responsabilidades parecen dignas de ser mucho más

compartidas de lo que en otro tiempo se ha pensado, pues si Silvestre fue muy imprudente y, además, a partir de un determinado momento dio la sensación de perder cualquier sentido de la realidad, Berenguer no parece haber sido capaz de asumir sus competencias ni de actuar con decisión. El mal juicio sobre los políticos (o sobre el Rey) parece menos justificado. Esta es, en suma, una aportación interesante a la que quizá sobran exceso de erudición geográfica rifeña y títulos estridentes en los epígrafes. Pero el libro tiene el atractivo para la lectura de todo un buen reportaje periodístico.